

ñeros que había ganado para Dios en Italia se retirase á una tierra que Rogerio, conde de Calabria, les regaló en la diócesis de Squillace. Edificaron allí por el modelo de la Cartuja un monasterio llamado la Torre.

Escribió desde este punto á Radulfo el Verde, preboste entonces de la iglesia de Reims, y despues arzobispo de la misma, recordándole la resolucion unánime que había tomado de renunciar al mundo. Por esta sola carta es fácil persuadirse de que no sin razon pasaba el santo solitario por uno de los ingenios mejor cultivados de su tiempo, y que carecia de aquel humor salvaje que los detractores de la piedad atribuyen con tanto afán á sus mas sábios celadores. «¿Os describiré, le decia, la hermosura del sitio donde habitamos? Es una llanura amena y espaciosa que se dilata entre montañas, y en donde se encuentran praderas siempre verdes y siempre esmaltadas de flores. No me es posible pintaros la perspectiva maravillosa de las colinas amontonadas como por una magia unas sobre otras; y menos aun la sombría frescura de los valles en que se reúnen las aguas de mil fuentes para dividirse de nuevo en mil distintos arroyuelos. Estiéndose luego la vista y se detiene sobre jardines deliciosos, sobre árboles infinitamente variados, sobre frutas magníficamente coloreadas. Pero ¿á qué fin presentaros este cuadro de una soledad en que el sábio encuentra placeres enteramente divinos? Porque el espíritu fatigado por la meditacion y los ejercicios regulares, como un arco que ha estado tirante largo tiempo, necesita de reposo y de un descanso inocente.»

San Bruno vivió pacíficamente en su monasterio de la Torre hasta su muerte, acaecida á 6 de octubre de 1101, dia en que la Iglesia le venera con culto público desde que Leon X le colocó solemnemente en el número de los Santos. Antes de espi-

rar quiso dar á sus discípulos el ejemplo que con tanta constancia han seguido, de odiar toda doctrina sospechosa, y principalmente los errores introducidos por los novadores de su tiempo. A este fin, haciendo su última profesion de fé, declaró contra la impiedad de Berengario, aunque había sido su maestro, que el pan y el vino, consagrados en el altar, son despues de la consagracion la verdadera carne y la verdadera sangre de Jesucristo. Este santo y sábio solitario nos ha dejado muchos monumentos de su erudicion; pero á escepcion de sus comentarios sobre los salmos y las epístolas de San Pablo, y de sus dos cartas á Radulfo y á los hermanos de la Cartuja, los demas escritos publicados en dos tomos y con su nombre pertenecen á Bruno de Aste.

Por este mismo tiempo logró gran celebridad San Ulrico, monge de Cluny, por sus virtudes y por la coleccion de las costumbres y prácticas de su monasterio. Había nacido en Ratisbona de padres ilustres, quienes siendo todavía jóven, aunque ya muy adelantado en las ciencias y en la piedad, le enviaron á la corte imperial. En ella conservó la pureza de sus costumbres, y consiguió la veneracion de las personas mas augustas, tanto por la prudencia de sus consejos, como por sus virtuosos ejemplos. Habiéndole llamado á su palacio el obispo de Frisinga su tio, le ordenó de diácono, y le hizo preboste de su iglesia. Despues de algunos años de una virtud que siempre iba en aumento, tomó Ulrico la resolucion de abrazar la vida monástica, y desde aquel punto repartió sus bienes parte entre los pobres y parte entre sus parientes. Entró en Cluny á la edad de cerca de treinta años siendo abad San Hugo, que dispuso fuese ordenado de sacerdote. Empleáronle despues en diversas fundaciones de su orden en Alemania su patria, en donde por la regularidad de la observancia adquirió á su ins-

tituto tanto aprecio como este se había granjeado en las demas provincias. Levantó entre otros el establecimiento de *La-Celle*, situado como Hirsauge en la Selva Negra en el pais de Spira, circunstancia que le proporciónó particular amistad con el santo abad Guillermo (1).

Un dia que conferenciaban los dos sobre la manera de servir perfectamente al Señor: «vuestro monasterio, le dijo Guillermo, tiene grande reputacion entre nosotros; no se conoce aquí un modelo mas perfecto de la disciplina regular, dignaos pues instruirnos en vuestras piadosas prácticas y darnos á o menos motivo de que parezcamos todos unos, si no podemos conseguir el igualaros.» Escusóse Ulrico por el pronto con que no había pensado sino en las cosas del mundo hasta la edad de treinta años, y con que siendo extranjero, y casi bárbaro entre los religiosos franceses, él no había podido imponerse con tanta exactitud en las observancias de Cluny, como una persona criada desde la infancia en aquel monasterio. «No obstante, añadió, os diré con gusto lo que he podido aprender en él.» Le esplicó efectivamente de palabra las diversas prácticas e su casa, pero con tal exactitud que con dificultad la habrían tenido aquellos á quienes creía él mucho mas hábiles. Escribió despues estas conversaciones, y de ellas formó su coleccion de reglas y prácticas de Cluny, que buscaron como un monumento nestimable, no solo los monges de Hirsauge, sino tambien otros infinitos, principalmente de la alta Alemania.

Está dividida esta coleccion en tres libros precedidos de una carta al abad Guillermo (2), en la que el autor se queja de un abuso que le parece ser la causa principal de la ruina de las observancias regu-

lares; este era que las familias cargadas de hijos procuraban desprenderse de ellos, ofreciendo á los monasterios los que eran desgraciados por la naturaleza, de donde nacia que estos monges rara vez igualaban á aquellos que en una edad madura se habían entregado á Dios de su propio movimiento: esta especie de inválidos, no pudiendo sujetarse á muchos puntos de la regla, perjudicaban sumamente á la regularidad general.

En el cuerpo de la obra, lleno de circunstancias poco interesantes para la mayor parte de los lectores, solo notaremos alguno que otro artículo. Notamos desde luego en los usos concernientes al oficio y culto divino, que los benedictinos de Cluny habían aumentado mucho la salmodia prescrita por San Benito, principalmente la misa y el oficio de los difuntos con nueve lecciones que decían todo el año. Ocho dias despues de Pentecostés celebraban el oficio de la Trinidad, no recibido en la Iglesia romana hasta cerca de doscientos años despues. Por último, era tal la multitud y lo dilatado de los oficios, que no quedaba casi tiempo alguno para el trabajo de manos: asi no era mirado este sino como un ejercicio de distraccion entre ocupaciones mas serias, y se reducía á arrancar las malas yerbas del jardín y á mondar algunas legumbres, y aun esto no lo practicaban todos los dias. Despues de una larga serie de años se había mudado generalmente de método y aun de ideas en este punto, pues desde el tiempo de Luis, llamado el Piadoso, se acostumbraron á mirar el trabajo grande corporal como indigno de manos religiosas y consagradas por la unción sacerdotal.

No obstante, los religiosos de Cluny, á pesar de que en su mayor parte eran de distinguido nacimiento, y á pesar tambien de la opulencia de su casa, comían todavía pobremente. Su ordinario alimen-

(1) *Spicil. t. 4, p. 21.*

(2) *Ib., pag. 121.*



to eran las yerbas y legumbres mas comunes, al que añadian en los dias de domingo y jueves un poco de pescado. Si mezclaban alguna grasa con las legumbres, lo hacian solo por perpetuar la antigua observancia fundada en el horror á las heregias que proscibian el uso de la carne; pero se absteneian de ella durante el Adviento, y desde la Septuagésima hasta Pascua. Esta pobreza de vida, que se extendia con el mismo rigor al vestido, les ponía en estado de poder hacer prodigiosas limosnas. En la distribucion que entre otras se hacia regularmente al principio de Cuaresma, dice San Ulrico que ascendieron en el año en que él escribia hasta diez y siete mil los pobres socorridos.

Era tan escrupulosamente guardado el silencio, que á escepcion de los cortisimos intervalos de prima á terciá, y de nona á vísperas, en todo el resto del tiempo sin ninguna escepcion, en la iglesia, en el dormitorio, en el refectorio y en la cocina no se proferia una sola palabra. Si era necesario darse á entender, se esplicaban por señas ya convenidas; de estas habian formado un arte y un método ordinario para estas ocasiones. Todas las infracciones de la regla estaban sometidas á penitencias proporcionadas á su gravedad, y estas eran públicas cuando la falta habia sido cometida delante del pueblo, en cuyo caso el culpable era espuesto á la puerta de la iglesia en tanto que los legos entraban á oír misa: las faltas de mas consideracion se castigaban con disciplina en medio de la plaza. Solia decir con este motivo el santo abad Hugo, que los monasterios no eran deshonorados por las faltas de los monges, sino por su impunidad.

Es muy digno de notarse el respeto con que trataban todo lo perteneciente al santo sacrificio del altar (1). Hacia se en ayunas

(1) Lib. 3, cap. 13.

el pan que debía servir de materia para él: se escogia grano á grano el trigo por muy puro que fuese, lavándole luego con mucho cuidado, y poniéndole despues en un saco destinado únicamente para este uso. Un criado de mucha confianza le llevaba al molino, lavaba las piedras y las rodeaba de cortinas: hecho esto se vestía él con un alba y un amito, molía el trigo, lavaba el tamiz, y preparaba la harina; tres sacerdotes ó diáconos con un novicio, vestidos igualmente de albas y de amitos, despues de haberse lavado las manos y el rostro se empleaban en hacer el pan: uno de ellos desleía la harina y hacia la masa en agua fria para que fuese mas blanca, formando en seguida las hostias; los otros dos hacíanlas cocer entre hierros grabados sobre fuego de madera seca escogida y preparada con el mayor cuidado; y durante todo este trabajo cantaban salmos. Con la misma reverencia disponian los corporales en que se pone la hostia en el tiempo del sacrificio: solos los sacerdotes ó diáconos los podían lavar, y esto lo verificaban por el pronto metiéndolos repetidas veces en vasos con agua, que no servían sino para esto. Despues les daban una legía ligera, y los metían por último en agua blanqueada con harina muy pura. Colgábanlos para secarlos en una cuerda que se conservaba en una bolsa preciosa, y que no se sacaba sino para este uso; y mientras estaban colgados al aire los guardaban con cuidado para que las moscas no se parasen en ellos.

A fin de precaver los abusos ocasionados por los oblatos en los monasterios, y de que Ulrico se queja en el principio de su coleccion, tiene cuidado de indicar en ella las precauciones extraordinarias con que educaban á estos niños. Desde el punto en que habian sido ofrecidos á Dios, segun las solemnidades prescritas por la regla (1), se

(1) Cap. 8.

les daba el hábito; pero se difería su profesion hasta que hubiesen llegado á lo menos á la edad de quince ó diez y seis años. Con solos seis que hubiese se les ponían dos maestros para que tuviesen siempre un guarda de vista sin separarse de ellos jamás; y así iban acompañados siempre á cualquiera parte que fuesen: tenían un sitio separado en el dormitorio, y en general nadie se acercaba á ellos en parte alguna sino sus maestros. El mismo cuidado tenían de su salud que de sus costumbres: eran mejor alimentados que los monges: gastaban lienzo en lugar de sargas; y en una palabra, empleaban tanto cuidado en su educacion, que era difícil, como dice Ulrico, que los hijos de los reyes fuesen tan bien educados en sus palacios.

Acabó sus dias este piadoso escritor en el monasterio de *La-Celle* por los años 1093. Dos años antes de su muerte perdió el único ojo que le habia quedado desde hacia ya mucho tiempo: en este estado de enfermedad y de una vejez decrepita, San Hugo le llamó á Cluny, tanto para proporcionarle el alivio y consuelos necesarios, como para enriquecer la Iglesia madre con las reliquias de un hombre tan santo. Pero San Ulrico, hallando su felicidad en las tribulaciones, quiso consumir su sacrificio en el sitio en que el Señor habia principiado á probarle.

Odon ú Odarto, doctor famoso del mismo tiempo, honró tambien la vida religiosa (1). Habia nacido en Orleans, y se empleó en la enseñanza primeramente en Toul; pero la cátedra que ocupó con mas esplendor fué la de la escuela de Tournay en donde adquirió tanta fama, que desde los estremos de Alemania acudían á oír sus lecciones. Aunque manifestaba igual atencion en cultivar la piedad en el corazón de sus discipulos que en formarlos para las ciencias; sin em-

(1) *Spicil.* pag. 360 et seq.

bargo, se entregaba á la lectura de Platon y de los filósofos modernos mas que á la de los Santos Padres. Un dia que esplicaba un pasage de Boecio en que se trataba del libre albedrio, se acordó que habia un tratado de San Agustin sobre esta materia, y le hizo traer al punto. Apenas hubo leído algunas páginas, en el pasage en que San Agustin compara la miseria del pecador á la condicion de un esclavo condenado á limpiar un lodazal inmudo, cuando se penetró todo de la santa unción que respiraban, y exclamó: ¡ah, cuánto difiere esta santa elocuencia de nuestra verbosidad y de nuestros vanos pensamientos! Ilusionados con el sonido de palabras sin objeto, y con el esplendor de una gloria perecedera, no hacemos caso del alimento del alma, y nos consumimos en trabajos que nos hacen indignos de la gloria inmortal.»

Despues de estas palabras, levantóse deshecho en lágrimas y se fué á orar á la iglesia: siguiéronle sus discipulos con una admiracion que bien pronto cundió por toda la ciudad. Sostuvo Odon este primer paso, redoblando su piedad cada vez mas. Fué dejando poco á poco sus lecciones; asistía frecuentemente á las iglesias, distribuía sus bienes entre los desgraciados siempre que los encontraba, con especialidad entre los pobres clérigos, y ayunaba con tanto rigor que generalmente su alimento consistía en dos onzas de pan por dia. Habiendo por fin resuelto consagrarse del todo á Dios con cuatro compañeros, se retiraron fuera de la ciudad á una iglesita resto de una abadía antigua que demolieron los bárbaros. Tomaron allí por el pronto el hábito de canónigos regulares, y algunos años despues establecieron en aquella casa la vida monástica. Con el tiempo fué elevado Odon á la Silla de Cambrai, en donde resplandecieron sus virtudes con tanto esplendor y perseverancia, que despues de su



muerte le dieron el título de bienaventurado.

No consiguió menos gloria Ivon de Chartres por sus virtudes y sus uces; pues pasaba por el primer hombre de su tiempo. Era abad del monasterio de San Quintin de Beauvais, su patria, fundado para canónigos regulares por el obispo Guido, antiguo dean de San Quintin en el Vermandois, cuando eligieron sucesor de Geofredo, obispo depuesto de Chartres (1090). No obstante de ser difícil hallar un prelado más digno que sucediese á un obispo más escandaloso, tuvo que sufrir á pesar de esto tantas contradicciones cuanta repugnancia había mostrado antes de consentir en que le eligiesen. Geofredo era sobrino del obispo de Paris del mismo nombre, y este era gran canciller de Francia, hermano de Eustaquio conde de Boloña, y por consecuencia tio del amoso Godofredo de Bullon, hijo de Eustaquio: Ivon por el contrario, aunque de ilustre nacimiento, no tenía otra recomendación que su mérito y la justicia de su causa; débiles medios contra el peso del crédito y las intrigas de la política. Negóse á ordenarle Richerio, arzobispo de Sens, protestando algunas de aquellas formalidades judiciares tan á propósito para revestir las negativas con los colores de la justicia. Recurrió Ivon al Sumo Pontífice, y pasó á Italia, en donde le ordenó Su Santidad mismo. A su regreso halló aun dificultades que combatir; pero su paciencia y su mérito todo lo allanaron: no solo se grangeó todos los ánimos, sino también cautivó la admiración pública por la pureza de sus costumbres, por su doctrina y por el fervor y prudencia de su celo. Su grande obra, titulada el *Decreto* y que forma una colección completa de los cánones, le había cautivado la estimación universal que fué causa de su elevación al episcopado; y se mostró aun mucho más digno de él por el teson inflexible con que defendió contra el rey Felipe I la autori-

dad de las leyes, cuyas máximas había él recopilado. Bertrada, hija del conde Simon de Monfort, y tercera muger de Fulco Rechino, conde de Anjou, con quien había contraído matrimonio viviendo las dos primeras, quiso asimismo enlazarse con el rey Felipe, casado largo tiempo había con la reina Berta, de la que tenía tres hijos. Poco atento á su gloria este príncipe estaba frenéticamente enamorado de Bertrada; pero el brillo de la diadema halagaba principalmente á aquella muger artificiosa. Obcecado Felipe pretendió colocarla en sus sienes, y con este fin espulsó primero á la reina á Montreuil junto al mar (1092). Queriendo después ganar á los obispos de su reino, como Ivon de Chartres era el más sábio y el más estimado, formó particular empeño en lograr su voto.

Mandóle venir á su corte, le acarició, le halagó con dulces promesas, después se esforzó en convencerle de que su divorcio con Berta era fundado sobre causas legítimas reconocidas tales por los obispos; y por último le rogó que concurriese al matrimonio que se proponía contraer con Bertrada. Respondió Ivon que no tenía noticia de que los obispos hubiesen resuelto cosa alguna sobre este punto, y que á menos de poseer toda la certidumbre conveniente, no aprobaría de manera alguna con su presencia una acción tan justamente sospechosa. Escribió también á Rainaldo (1), arzobispo de Reims, á quien correspondía celebrar la ceremonia del matrimonio y de la consagración de la nueva reina, exhortándole, así como también á sus sufragáneos, á que no sometiesen las leyes divinas al arbitrio de las potestades terrenas. «En cuanto á mí, añadió, prefiero verme privado de las funciones y del título de pastor, que escandalizar

(1) Ep. 13.

con mi cobardía al rebaño que se me ha confiado.»

Hallando el rey en los obispos más firmeza de la que presumía, abrazó el partido de evitar un rompimiento público que hubiera puesto en evidencia el modo de pensar del mayor número de prelados y producido una impresión peligrosa en el ánimo de los pueblos. En consecuencia de esto hizo que el obispo de Sens le casase en presencia de otros dos prelados solamente, á saber, el arzobispo de Rouen y el obispo de Bayeux, que no eran de sus Estados. Levantaron altamente el grito contra este escándalo la mayor parte de los obispos franceses, y algunos señores descontentos tomaron de aquí ocasión para sublevar los pueblos. Por otra parte el Pontífice escribió á todos los obispos del reino para que examinasen canónicamente este negocio, declarasen nulo el matrimonio si como parecía era contrario á las leyes de la Iglesia, y obligasen al príncipe á entrar dentro de sí mismo, empleando al efecto, si era preciso, las censuras eclesiásticas.

Felipe, á diferencia del rey de Germania, poseía el trono, no en virtud de una elección sino por derecho de nacimiento; heredero de Clodoveo, que era rey antes de ser cristiano, no tenía de solo la Iglesia el cetro; por consiguiente la deposición de Felipe no debía seguirse necesariamente de su excomunión, y los franceses, respecto de los cuales sus yerros enteramente personales no tenían por otra parte una consecuencia directa, debían permanecerle siempre sumisos, pues la Religión no podría autorizar la rebelión contra un príncipe que cumple con el pacto hecho con sus pueblos. Sin embargo, Ivon que conocía el espíritu de facción y toda la destreza de los revolucionarios en valerse de la Religión misma para para lograr sus intentos, juzgó que debía re-

presentar al rey (1) no solo el mal que hacía á su alma, sino también los riesgos á que exponía su reino. Felipe, lejos de agradecerle su celo, principió desde entonces á causarle pesares en todas las ocasiones que podía. Mandóle por el pronto fuese á encontrarle en Chaumon, ó en Pontoise con las tropas de su iglesia: el obispo se escusó, alegando el respeto mismo que profesaba á la magestad Real, y el peligro en que se hallaría de hacer públicas las debilidades y el oprobio que el príncipe debía procurar encubrir por lo menos con un velo aparente. «Bien sabéis, le dice, que el Papa Urbano en virtud de su autoridad apostólica os ha prohibido vuestra unión con la muger que miráis como esposa vuestra y que no habeis querido permitir que se hiciese juramento para la seguridad del concilio que de orden de Su Santidad debían celebrar los obispos. Si no os separais de Bertrada, la misma autoridad os priva de la comunión y prohíbe á todos los obispos ponerle la corona. Por respeto pues á V. M. no quiero presentarme en vuestra presencia, porque estando obligado á deferir á la Santa Sede á la que debo obedecer como á Jesucristo, tal vez me viera entonces obligado á publicar muy alto lo que aquí digo en secreto. Por último, V. M. sabe también que para mí no hay seguridad en vuestra corte; todo lo temo de la ira de un sexo que si muchas veces es infiel á sus amigos ¿qué no será con los que mira como enemigos? (2).»

Con este motivo el rey retó al obispo de Chartres, esto es, según el lenguaje del tiempo, le declaró la guerra, y entregó al pillage los bienes del obispado. Hugo de Puiset, vizconde de Chartres, por hacer al rey la corte, se apoderó de la persona de

(1) Ep. 15.

(2) Ep. 28.